

# EL CRIMEN DEL SIGLO

---

TRILOGÍA DEL 9 DE ABRIL



MIGUEL TORRES  

---

EL CRIMEN DEL SIGLO  

---

TRILOGÍA DEL 9 DE ABRIL

M A X I  
TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *El crimen del siglo*

© Miguel Torres, 2019

De las fotografías de portada y caja: Luis Alberto Gaitán, "LUNGA".

Todos los derechos reservados Germán Gaitán.

Diseño de cubierta: Amaral Diseño S.A.S. · Diego Amaral

Diseño de la colección: FERRATERCAMPINSMORALES

© Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2019

Calle 73 N°. 7 - 60, Bogotá

[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

ISBN 13: 978-958-42-7812-8

ISBN 10: 958-42-7812-6

Primera edición en colección Maxi: mayo de 2019

Impreso por: Colombo Andina de Impresos S. A. S.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

## PRIMERA PARTE

Roa . . . . . II

## SEGUNDA PARTE

La cacería . . . . . III

## TERCERA PARTE

Las trampas del azar . . . . . 189

## CUARTA PARTE

Sombras en las tinieblas . . . . 3II



*A Carmenza Gómez, amiga incomparable.*

*Para Jenny, Candelaria y Mateo,  
desde el principio hasta el fin.*

*Para mis amigos  
Santiago García, Ignacio Ramírez (q.e.p.d.),  
Ricardo Sánchez, Guido Tamayo y Santiago Beracasa,  
seguidores entusiastas de esta aventura literaria  
cuyas reflexiones y comentarios significaron  
aportes cruciales a la hora de poner los puntos  
sobre las íes en la versión definitiva de la novela.*





El que nace  
desgraciado desde la  
cuna comienza a vivir  
martirizado.

—GUAPANGO MEXICANO



PRIMERA PARTE

---

# **Roa**



EL VIERNES 9 DE abril de 1948 en las horas de la mañana un joven obrero sin trabajo llamado Juan Roa Sierra llegó al consultorio del astrólogo alemán Johan Umland Gert con las agallas previamente infladas para no desfallecer cuando lo tuviera delante de sus ojos. Umland estaba solo, pero al verlo Roa Sierra se dio cuenta de que su presencia no era bien recibida, algo raro en la conducta de una persona siempre afable y sonriente con él. La razón era simple. La sorpresiva aparición de Roa Sierra se le atravesaba al alemán como una mala espina con la visita de una dama cuya llegada esperaba de un momento a otro. Lo siento Juan, pero ahora no puedo atenderlo, le dijo de entrada, sin dejarlo pasar de la puerta. Se trata de algo muy importante, profesor, murmuró Roa Sierra con apremio en la voz. Por qué no viene a mediodía, podremos hablar con calma, dijo Umland. A mediodía será demasiado tarde, sentenció Roa Sierra. Ahora no tengo tiempo, se defendió el astrólogo. Es un asunto de vida o muerte, insistió el del afán. Está bien, cedió Umland. Se apartó para darle paso y cerró la puerta. Dígame de qué se trata, pero le ruego que sea breve porque estoy esperando a un cliente. Roa Sierra comenzó a pasearse de un lado a otro de la sala de espera, se quitó y le dio vueltas compulsivas al sombrero antes de volver a ponérselo mientras miraba para todas partes sin fijar los ojos en ninguna, hasta que los fijó en Umland y se acercó a él, tenso, indeciso, azorado. He sabido, arrancó por fin, y no me pregunte cómo, que hoy piensan asesinar a Jorge

Eliécer Gaitán. El impaciente Umland chasqueó la lengua. Eso se oye decir todos los días, Juan, no le pare bolas a esos rumores. No son rumores, reviró Roa Sierra. ¿Y usted cómo lo sabe? Roa Sierra evadió la pregunta. Qué importa cómo lo haya sabido, lo sé, eso es todo. Parece muy seguro, comentó Umland. Lo estoy. ¿Por qué?, insistió el alemán. El interrogado se mordió los labios buscando un atajo para volver a salirse por la tangente, y al no encontrarlo reconoció que había caído en la trampa de su propia impostura. El tiempo apretaba y Umland seguía pendiente de su respuesta sin quitarle los ojos de encima. Roa Sierra lo encaró sin pestañear. Porque el que va a matarlo soy yo, le soltó a quemarropa, como si las palabras le ardieran en la lengua. Al astrólogo se le agrandaron los ojos detrás de los lentes, pero acabó mirando al muchacho con una sonrisa compasiva. Usted no es capaz de matar una mosca, Juan, como si no lo conociera. ¿De dónde sacó semejante disparate? Piense lo que quiera, profesor, replicó Roa Sierra, pero vine a decírselo para que usted trate de impedirlo, yo no puedo hacerlo, pero usted sí, con tal de que no mencione mi nombre. El alemán volvió a sonreír, sólo que esta vez alargó su sonrisa hasta hacerla estallar en un brote de risa. Hombre, no me haga reír que hoy no estoy para bromas, dijo. En ese momento unos golpes en la puerta anunciaron el comienzo de la visita que el astrólogo esperaba. La de Roa Sierra había llegado a su fin.

## 2

EL BUENO DE UMLAND no le había creído una sola palabra. Estaba acostumbrado a las extravagancias de Juan, a sus confidencias, a sus delirios de grandeza. Sin apuntar muy lejos, el miércoles anterior había ido allí a contarle que pensaba realizar un viaje del

que regresaría con diez mulas cargadas de oro. Vaya y venga. Pero aquello de que tenía el propósito de matar a Gaitán era algo tan desatinado que valía la pena preguntarse si no estaría perdiendo la cordura. Juan llegaba de vez en cuando a su estudio, sin avisar, siempre con el pretexto de averiguar por el futuro que le tenía reservado su destino, pero con la intención de aprovechar esas visitas para sacarle unos pesos en calidad de préstamo, pequeñas sumas que se iban acumulando para ser pagadas cuando descubriera una guaca o consiguiera el trabajo que andaba buscando. Había sido él precisamente quien, cosa de un año atrás, le había aconsejado que fuera a ver a Gaitán para pedirle ayuda. Juan le había seguido la cuerda. Una mañana se vistió lo mejor que pudo y apareció en la oficina del abogado. Necesito hablar con el doctor Gaitán, le dijo a la secretaria. A la mujer no se le hizo extraño que un hombrecito insignificante y mal vestido como el recién llegado quisiera hablar con su jefe. A la oficina del caudillo llegaban todos los días distinguidos profesionales, unos clientes y otros amigos, y también personas pobres y sencillas que venían de los barrios populares a consultar a Gaitán, unos al célebre abogado y otros al líder político. Roa había metido las manos entre los bolsillos del pantalón tratando de ocultar su nerviosismo. La secretaria le preguntó el nombre y el motivo de su visita. Roa no vaciló en decir su nombre, pero dudó unos segundos antes de responder que se trataba de un asunto personal. Espere un momento, por favor, dijo la secretaria indicándole que tomara asiento en la sala. Roa se sacó las manos de los bolsillos y caminó los pocos pasos que lo separaban de un confortable sillón de cuero negro que eligió para sentarse. Lo hizo juntando las rodillas y bajando la mirada, como un niño regañado. La mujer golpeó en la puerta del despacho de Gaitán y entró sin esperar respuesta cerrando la puerta de nuevo. A Roa le sudaban las manos. Sacó un pañuelo

del bolsillo y se las secó mientras sentía palpar su corazón al galope. Admiraba a Gaitán. Él y su familia eran gaitanistas. En el barrio donde vivía todo el mundo era gaitanista. Lo había visto muchas veces, sólo una vez de cerca, siendo niño, y las demás de lejos, en el Teatro Municipal, adonde había ido a escuchar sus conferencias, en la Plaza de Bolívar, en San Diego, en La Perseverancia, confundido entre las multitudes imantadas por el magnetismo de aquel hombre que el pueblo adoraba como a un Dios. A Roa lo invadió una extraña mezcla de temor, emoción y vergüenza. Temor y emoción por la oportunidad de poder ver en persona al líder y futuro presidente de la República. Vergüenza por haber ido a buscarlo con la mezquina intención de pedirle ayuda. Estaba por salir corriendo de la oficina cuando volvió la secretaria. El doctor está muy ocupado pero lo atenderá enseguida. Roa se acomodó en el sillón, enderezó la espalda y respiró profundamente.

En la puerta del despacho apareció un hombre vestido con un traje impecable, de mediana estatura, fornido, de piel cobriza y pelo negro, liso, peinado hacia atrás con la raya a la derecha. Al verlo, Roa comprobó que su sola presencia ya imponía respeto. Se apresuró a levantarse quitándose el sombrero. Qué se le ofrece, preguntó Gaitán. La suya era una voz firme, metálica, nasal, modulada con su peculiar acento de rolo del barrio Egipto, y su tono, aunque cordial, era seco y distante. Se había quedado en la puerta, asomado a ella, sin transponerla, como si se propusiera volver a cerrarla enseguida, y su actitud era la de alguien para quien el tiempo se agota a cada instante y no está dispuesto a perderlo, pero también revelaba, de paso, el escaso interés que le merecía aquella visita.

Roa conocía su nerviosismo. Lo padecía. Sabía que era su más implacable enemigo. Durante un largo instante transpiró el



pánico de sentir que sus pies no le obedecían, pero logró sobreponerse y se acercó a Gaitán tragando saliva mientras le daba vueltas al sombrero que llevaba en las manos, haciendo esfuerzos por sonreír, con la cabeza inclinada y los hombros fruncidos, acortando, contra su voluntad, la escasa brevedad de su estatura. Pero no se atrevió a tenderle la mano para saludarlo. De malas Roa. La primera impresión que le causó a Gaitán fue desafortunada. Al caudillo le disgustó la apariencia de aquel hombre cuya humildad, en extremo servil, alertó su desconfianza. Como redentor de humillados y desvalidos estaba familiarizado con la pobreza, la había vivido, visto, tocado y olido toda su vida, pero le resultaba intolerable que algunas personas llegaran al límite de servirse de ella para alcanzar sus fines. Así lo juzgó. Gracias por recibirme, doctor Gaitán, dijo Roa. Me he tomado el atrevimiento de venir a verlo porque necesito su ayuda. Qué clase de ayuda, preguntó Gaitán sin dejar de mirarlo fijamente. Doctor, soy pobre y tengo que alimentar una familia, pero estoy sin trabajo. Soy una persona honesta y puedo desempeñar cualquier oficio, ya sea como albañil, mecánico, cantero, mensajero, portero, o lo que sea, con tal de conseguir algún empleo. Roa parecía haberse sobrepuesto a su temor inicial. Hablaba en forma pausada, coherente, sin rehuir la intimidante mirada de Gaitán. Lo siento joven, pero no puedo ayudarle, dijo Gaitán disponiéndose a cerrar la puerta. Doctor, insistió Roa, y su tono ya era de súplica, cómo es posible que una persona tan importante como usted no pueda darme una mano para conseguir un puesto. Yo no doy ni pido puestos para nadie, no estoy en el poder, respondió Gaitán visiblemente molesto. Así como vino aquí vaya y pídale cacao al gobierno. Ellos sí tienen cómo ayudarle.

Las últimas palabras de Gaitán, duras, cortantes, acabaron por desmoronar la frágil resistencia de Roa. Apenas encontró alientos

para pronunciar una breve frase de agradecimiento, protocolaria, de dientes para afuera, antes de iniciar su retirada. Gaitán vio la derrota encaramada en las espaldas del muchacho que se alejaba hacia la puerta, y en ese momento sintió lástima. Escríbale una carta al presidente, o pídale una cita, dijo alzando la voz.

Las dos puertas se cerraron al tiempo.

### 3

AQUEL DESAFORTUNADO ENCUENTRO DEJÓ a Juan tan mal parado que pasó varios días sin salir de su casa, o, para mejor decir, de la casa de María de Jesús Forero, la mujer con la que vivía en concubinato desde hacía casi tres años, una muchacha muy bonita y con las carnes muy bien repartidas por todo el cuerpo a pesar de haber traído al mundo tres hijos, uno de Juan, Magdalena, una niña de dos años, y otros dos ya mayorcitos, Jorge y Sebastián, de nueve y siete años, endosados a Juan como padre adoptivo desde la primera noche que María compartió sus cobijas con él, hijos legítimos de su matrimonio con un tal Jorge Salamanca, cartero de profesión antes de ser desahuciado del mundo de los cuerdos por un siquiatra al que se le metió la idea de que el hombre había perdido el juicio y lo hizo encerrar en un manicomio.

A María no le extrañó la conducta de Juan. Se la atribuyó a una de esas rachas de pereza, tan frecuentes en él, durante las cuales no lo paraba de la cama ni un temblor de tierra. Pero tampoco se había acostumbrado a ellas y ya tenía callo en la lengua de cantarle la tabla todos los días sin dejar de maldecir la suerte de haber dado con un zángano que no movía un dedo para cumplir con las obligaciones del hogar. En esta ocasión la mujer no sabía que su marido andaba con los ánimos por el suelo y que no

encontraba fuerzas ni para recogerlos como consecuencia de su entrevista con Gaitán. Juan no le había comentado nada. Vivía tan ensimismado que raras veces hablaba de sus asuntos con ella. Más cantaba una piedra. Por aquellos días le dio por levantarse ya bien entrada la tarde, cuando las tripas le comenzaban a ladrar del hambre, sin prestarle oídos a las arengas de su mujer y sin chistar palabra, como si fuera sordomudo. Una tarde entró a la cocina a buscar algo de comer, pero no encontró ni un pedazo de panela para llevarse a la boca. Las cosas se estaban poniendo color de hormiga. Juan sospechó que María había escondido la comida para hacerlo reaccionar. Ella lo sacó de la duda. Usted lleva tres días en huelga de silencio, pero yo sí no pienso declararme en huelga de hambre. Salga a ver si consigue algo, por lo menos para la leche de la niña, yo veré qué hago con los otros dos. La familia de Salamanca mandaba de vez en cuando unos pesos para la manutención de los niños, pero por más que María hiciera rendir esa plata nunca alcanzaba para los gastos de la casa, y el problema siempre reventaba por los lados de Magdalena. Juan decidió levantar la huelga. Voy a hablar con mi mamá, ya vuelvo, dijo.

Vio a los dos niños bostezando mientras hacían sus tareas escolares. Magdalena por fortuna dormía. La ropa que se había puesto para visitar a Gaitán estaba tirada en desorden encima de un asiento, junto a la cama. Se la puso con todo y sombrero, salió de la casa y caminó calle abajo con la cabeza agachada, muy despacio, como si estuviera llorando o se hubiera puesto a contar los pasos que lo separaban de la casa vecina, que no eran más de siete. Al llegar a la puerta golpeó a la altura de un manchón de madera cruda, despintada de su color carmelita a causa del castigo de nudillos y palmas de muchas manos con el correr de los años. Una mujer, cuyos rasgos y estatura evocaban

a Juan, salió a abrir el portón sin dejar de toser mientras se daba golpecitos en el pecho. Era doña Encarnación Sierra viuda de Roa. No había cumplido los cincuenta y seis, pero largos años de males y padecimientos le daban a su rostro y a sus cabellos, así como a su cuerpo de carnes apretadas y andar pausado, la frágil apariencia de una anciana. Juan la siguió a través de un pequeño patio adornado de geranios y se detuvo al verla entrar a la cocina. Mientras esperaba se quitó y se puso el sombrero varias veces, como si el sombrero fuera un recipiente de los pensamientos que lo atormentaban y que él quería sacarse de la cabeza. La madre volvió de la cocina. Ya le conocía a su hijo los resabios de la necesidad y casi siempre estaba preparada para un nuevo embate. Tome, Juan, le dijo, poniéndole un billete de a peso en la mano, confórmese con eso porque no tengo más. Juan sonrió agradecido. Gracias, mamá. Vaya y dígame a esa mujer que no le friegue tanto la vida, pero por Dios, mijo, consígase un trabajo pronto. Hágalo por usted. En esas estoy, mamá. A doña Encarnación se le enrojecieron los ojos mientras acariciaba la cabeza de su hijo. Aquí tiene, le dijo Juan a su mujer cuando volvió a la casa, voy a ir al centro a ver si me levanto algo más. María recibió el billete con un suspiro de resignación.

Juan salió a la calle y caminó tres cuadras antes de atravesar el parque del barrio Ricaurte y llegar al paradero del tranvía. Todo lo que llevaba en los bolsillos era una moneda de cinco centavos que apenas le alcanzaba para un viaje. Si no encontraba a Umland tendría que regresar a pie. Se dio cuenta de que anochecía cuando vio brillar los rieles iluminados por la potente luz del faro del tranvía. Sentado en la dura banca de madera cerró los ojos y se dejó acunar por el incesante traqueteo que lo llevaría hasta la Plaza de Bolívar. Le contaría a Umland que el hombre que más admiraba no sólo se había negado a ayudarle, sino que

lo había humillado y ultrajado y, encima, la única salida que le había señalado era, nada más y nada menos, que acudir al presidente de la República. Si Gaitán, que se la jugaba toda por los pobres, lo había tratado sin ninguna consideración, qué podía esperar de un señor tan rico y distinguido como el presidente, de quien sólo había visto su retrato en los periódicos, en el supuesto caso de ser recibido en el Palacio de Nariño. Se necesitaba algo más que la suerte de un tapagujeros como él para aspirar a ser visto y oído por la más alta dignidad del país. Todo por culpa de Gaitán. Y pensar que le había dado su voto en las elecciones del 46. Así paga el diablo a quien bien le sirve.

Cuando se bajó del tranvía echó a caminar por la carrera Séptima, llamada también la Calle Real, camuflado entre el torrente anónimo que desbordaba los andenes de regreso a sus hogares disfrutando del clásico septimazo, paseo habitual de los bogotanos. Esbeltos postes de hierro coronados por grandes burbujas de luz iluminaban las hermosas edificaciones republicanas y el aire helado de la noche ponía color en las mejillas de la gente abrigada con gabardinas, sobretodos, ruanas, bufandas y sombreros para defenderse del frío. La música, la algarabía y el rumor de las conversaciones hervían en un mismo caldo de resonancias en los cafés y restaurantes que se contaban por docenas a lado y lado de la calle remecida por el paso de los tranvías que a esa hora transitaban atestados de pasajeros que colgaban como racimos disputándose cada centímetro de los estribos. Avisos publicitarios atravesaban a lo largo la parte superior de estos vehículos con letreros distintos a cada lado. Eran verdaderas vallas ambulantes que recorrían la ciudad divulgando a los cuatro vientos las bondades medicinales de Sal de Frutas Lua, Pectoral Escovar, tos, gripa, catarros, Crema Bella Aurora, quita pecas y manchas, Píldoras de Vida del Doctor Ross, Mejor Mejora Mejo-

ral, y muchos más. Roa se había subido el cuello y las solapas del saco y caminaba a buen paso, con las manos entre los bolsillos, afanado por llegar al consultorio de su amigo antes de que se marchara para su casa. Subió por la calle 14 y se internó por La Candelaria, el hermoso barrio colonial de la ciudad, y al llegar a la esquina de la carrera Cuarta dobló hacia la izquierda y se detuvo frente a la puerta marcada con el número 14-43, una casa que todavía conservaba las huellas de su antiguo esplendor a todo lo ancho y profundo y alto de sus dos pisos, tres patios y veinticuatro habitaciones, veinte de las cuales sus dueños, domiciliados en las cuatro piezas del tercer patio, habían resuelto arrendar para oficinas, talleres de confección y otros variados negocios que funcionaban en las horas del día. Uno de ellos era el consultorio de Umland. El astrólogo ocupaba una habitación del segundo piso con vista al último patio, cuyas generosas dimensiones le habían permitido destinar un amplio espacio para la sala de espera mediante la instalación de una cortina de raso de color vino tinto.

La puerta de la casa, debido a las actividades públicas que se desarrollaban allí dentro, permanecía abierta hasta las seis y media de la tarde. Después de esa hora había que usar el aldabón, que era una pequeña mano de plomo, y Roa llevaba largo rato agarrado de esa mano sufriendo la incertidumbre de no haber llegado a tiempo, cuando una señora con un pañolón negro echado en la cabeza le abrió la puerta. Era la dueña de la casa. Roa la conocía. El señor Umland había salido y lo más probable era que ya no regresara. Rara vez acostumbraba hacerlo a esa hora. Roa le dio las gracias y esperó a que la señora cerrara la puerta, pero no se fue.

Esperó más de media hora recostado contra la puerta, condenado a estar mirando allá arriba, sin descanso, el gigantesco aviso

de Coltejer que resplandecía entre la niebla como un prendedor verde esmeralda engarzado al pecho del cerro de Guadalupe. De haber sabido dónde vivía Umland habría ido a buscarlo, pero el alemán no se lo había dicho ni él se lo había preguntado. Su amistad no llegaba tan lejos, era sólo algo más que la relación que se establece entre un profesional con uno de sus clientes. Pero ese algo más en el caso de Umland era crucial para Roa. No sólo había dejado de cobrarle sus servicios como astrólogo, grafólogo y quiromántico, artes que dominaba a plenitud en el desempeño de su oficio, sino que lo sacaba de apuros cada vez que podía, no con la frecuencia que Roa, llevado por sus penurias, hubiera deseado, o sea todas las veces que corría a echarle un sablazo, porque su profesión de adivino apenas le daba para vivir como un pobre con holgura y mantener dignamente a su mujer y a sus hijos.

Cuando Roa bajó a la avenida Jiménez con Séptima y miró el reloj de la iglesia de San Francisco eran más de las ocho. Ahora tenía por delante el largo camino a pie hasta su casa, pero lo malo no era eso, lo malo era la agobiante impotencia de no poder hacer nada para evitar su regreso con los bolsillos vacíos. Perra suerte la suya no haber encontrado a Umland. Le hubiera sacado unos pesos aun a costa de haber tenido que dejar para otro día su memorial de agravios contra Gaitán.

En el camino volvió a ser tentado por una idea que le había estado dando vueltas en la cabeza desde mucho antes de su fracaso con Gaitán. Era una idea bonita, audaz, lo seducía. Le fue dando forma cuadra a cuadra, con tanta excitación, que las voces del pensamiento se le salían por la boca y hablaba y se respondía él mismo en voz alta por la calle, como si la discusión fuera entre dos, lo cual, de alguna manera, resultaba ser cierto. Cuando llegó a la casa ya había resuelto cómo ponerla en práctica.